

JOSE LOPEZ PRUDENCIO

UN RECUERDO Y TRES SONETOS

Por ELOY SORIANO. PRESBITERO

CUANDO, hace bastantes años, tras prolongada ausencia me reintegraba a esta ciudad de Badajoz, que fué mi cuna, hallé a López Prudencio completamente afeitado. Sugería el aspecto de un apacible eclesiástico o de un veterano actor en vísperas de retirarse de la escena. Esto me produjo una rara conclusión de desencanto. Voy a explicarme.

Antes, siendo yo niño todavía, llevaba Don José una cuidada y hermosa barba entre rubia y negra, cuello alto, duro y bruñido, cerrado con voluminoso plastrón a lo Moret, unas veces, o lazo de mariposa otras, y sobre los hombros la gracia ondulante de una capa española bien cortada. Encima del embozo, cruzado al pecho, asomaba siempre una fina mano de escritor sosteniendo el perenne y aromático «cigarro puro» de los que entonces podían fumarse sin más trámite que pagar su precio, y cuyas volutas de humo al desahacerse en el aire formábanle en torno una tenue neblina azul como un halo fluorescente y etéreo.

Era aquella una época de pintorescas luchas políticas y de prensa. Don José, desde la dirección de «Noticiero Extremeño», «Correo de la Moñana» después y «Correo Extremeño» más tarde, mantenía con garbo y destreza el fuego sagrado de la polémica... Además, era entusiasta de la fiesta taurina, y un aficionado inteligente. Sabía mucho de toros y de toreros.

Y se le enfrió la afición a la lucha política cuando se dió cuenta de que él peleaba por pelear, por puro afán apasionado hacia lo que estimaba digno y noble, mientras que otros peleaban por lo que les convenía y hasta que les convenía, sin reparo en pedir un armisticio, sino en pasarse cínicamente al campo del adversario. Y se apagaron sus fervores taurófilos al ver la fiesta brava convertida en mera industria y los toreros en ejecutantes de un lindo «ballet», más o menos complicado, ante unos toros que habían degenerado en carneros.

Y es que Don José era un romántico, un auténtico romántico... ¿Y qué es romántico?, me diréis.

En pocas palabras, ésto. No es el romanticismo un modo peculiar de escribir, de pintar, de hacer música, ni aun siquiera de vivir, como erróneamente se ha creído, sino un modo de impresionarse y reaccionar ante la vida y las cosas, provocándonos cierto malestar interior, como si no fueran lo que nosotros queríamos que fuesen. Y esa extraña receptividad crea una especie de inadecuación al me-

dio, y hasta descontento de uno mismo, que no es actitud hirsuta y rencorosa de odio, sino más bien un lejano sentimiento de conmisericordia benévola que se traduce frecuentemente en un suave humorismo de buen tono.

Pues bien, cuando yo volví a encontrar a López Prudencio cuidadosamente afeitado, con cuello blando y corbata suelta, sin chaleco en verano, usando gabán a todo evento en invierno y fumando cigarrillos de a 0'60, lo juzgué perdido, aburguesado hasta el punto de abdicar de su viejo romanticismo pactando con los positivismo presentes.

No era así. Yo le traté después largamente. Nunca dejó de sentir en romántico, no sólo lo tradicional, sino la misma existencia acelerada y violenta de su tiempo, que él aceptaba y amaba, que también tiene su romanticismo. Y para lo que no podía unirse de romanticismo, porque era demasiado grosero, tuvo Don José una palabra blanca de disculpa y una leve sonrisa. Es que, como todos los verdaderos románticos, a un arranque de alma generoso, casi infantil, juntaba lo que las gentes superficiales han desconocido siempre en las grandes figuras, una humildad casi ascética, profundísima, que les lleva a conformarse con la voluntad de Dios, repitiendo con otra «romántica» insigne, Santa Teresa de Jesús, «qué le hemos de hacer, el mundo es así».

Por eso, de López Prudencio, como del llorado poeta portugués Antonio Nobre, podría repetirse lo que sobre éste escribía un eminente crítico: «Orgulhoso e tímido, dese orgulho supremo dos tímidos, infantil e velho, sentimental e escéptico, apaixonado e inconsistente, sofrendo e amando n'uma hora mais do que os outros amam ou sofren n'um anno, vergado sob a fadiga imensa do desenganho e abrigando ao mesmo tempo no coração a candura ingenua dos simples, aspirando a todo e encontrando sempre nada, peregrino errante no deserto da quimera, ele foi em verdade, tanto na sua ovrá como na sua vida, um dese eternos insatisfeitos nobremente inaptos para toda tarefa mercantil e a que o mundo desdenhosamente chama... ¡poetas!»...

Y ésto fué en último término López Prudencio, un fino poeta, aunque escribiera en prosa. Y un poeta de las esencias románticas de nuestra inmarcesible tradición extremeña. «Los poetas no tenemos otra moneda para pagar las deudas que nuestros versos», escribía Zorrilla. Y estos tres sonetos, humilde tributo de un vate oscuro a la memoria del maestro y del amigo paternal, he querido impregnarlos de una leve vibración romántica. He aquí los sonetos y sus títulos: *El Maestro. El Artista. El hombre y su Ciudad.*

EL MAESTRO

Maestro, qué es un hombre y qué es un niño
supiste siempre, y también lo que valía
una enseñanza envuelta en la ironía
florida de sonrisas y cariño.

El pálido violeta con que tiño
mi pobre verso es la melancolía
de alegre juventud que fuera un día
blanda cera en tus manos, blanco armiño.

De tí aprendió a buscar, estremecida,
las más puras esencias de la vida.
No formaste cerebros de erudito,
desván de fichas y conceptos muertos,
sino anchos corazones siempre abiertos
a la emoción astral del infinito.

EL ARTISTA

Campos, nostalgia, honor, romanticismo
canta tu hidalga prosa en rica gama.
Para el que siente, sufre, espera y ama
pluma, lira o pincel, todo es lo mismo.

Valle Inclán extremeño, el erotismo
en que a sus hembras lívidas inflama
el viejo Bradomín, truecas tú en llama
de limpio amor, frontero al misticismo.

Montevirgen, Purita, Magdalena...
mujeres, heroínas, vuestra pena
deslfe en las horas lentas del camino
dulce aroma sutil de eternidades,
cadáver de una rosa de «saudades»
guardado en un vargueño florentino.

EL HOMBRE Y SU CIUDAD

De noche, fiel amante de la ciudad dormida,
cruzas sus rúas angostas de tradición moruna
oyendo serenatas de claveles y luna,
tu airosa capa al viento y el alma estremecida.

Sus sonrisas, sus brazos, las gemas de la vida,
como una cortesana, te brindó la Fortuna...
Rendirte a sus encantos pensabas que era una
torva traición sin nombre a tu Ciudad querida,

No supiste arrastrarte, ni vestir colorines
en la aplaudida farsa que, en sucio chalaneo.
honra a Polichinela y encumbra a los Crispines.

Caballero y artista, siempre dijiste «creo»
alto y claro, a despecho de las voces ruines,
cuando para ser «algo» había que ser «ateo»

Divagaciones de un lector con sueño, en torno a «LOS SEXOS, EL AMOR Y LA HISTORIA», de Pedro Caba

X

LA MUERTE DE SÓCRATES

Es preciso conocer el momento en que un hombre escribe para saber lo que quiere decir, cuando creemos que lo que dice es lo que su modo de sentir le dicta. Solamente de esta manera pudiéramos explicarnos que Caba haya escrito un subcapítulo que titula, con claro divorcio de su contenido: «Gravedad y humanidad en Sócrates», y del que le suponemos repetidamente arrepentido.

Y no porque llame al gran hablador, con ese freno suelto que Caba tiene para los adjetivos, «bovino», «rumiante» y «baboso»—oh, manes de Max Nordau—, sino porque asegura que el hombre de verdad muere llorando, gritando, rebelándose o blasfemando.

¿En qué ocasiones?

Sócrates, condenado a beber la cicuta, no puede morir sino de la elegante manera que lo hace. Todo condenado a muerte lleva la convicción de que, tanto física como espiritualmente, es mucho más fuerte que quienes le condenan. Y, a poco que pueda ejercer un mínimo control sobre sí, ha de dar ejemplo de su fortaleza, escupiéndolo el mejor desprecio a sus verdugos: una sonrisa.

Sócrates no tiene por qué gritar cuando va a morir. Sobre que quiere dejar sentada la manera de cómo ha de morir un filósofo, ya que es el primero a quienes los hombres condenan a muerte, le regodea ver que aquellos atenienses que han usurpado el poder y convierten en verdad una calumnia se ha'lan, a su vez, condenados por la Naturaleza. Y muere, claro está, con la entereza de quien se sabe condenado por los que son inferiores a él. Morir injustamente ¿doloroso? Puede. ¿Indignante? Pero no para mostrar la indignación a la vista de quienes se alegrarían de ella. Y, por ésto, Sócrates, cuando su mujer—¿Jantipa?, ¿Mirto? No está claro cuál fué la primera ni cuál la segunda, ni si las dos a un tiempo mismo—le dice que va a morir injustamente, le responde: «¿Quisieras acaso tú que mi muerte fuera justa?».

Y, en este caso, sí; el llanto, la exclamación, como arrepentimiento de aquella causa que le lleva a la muerte.

Pero en ese hombre, al que Caba niega toda humanidad, que en la expedición de Anfípolis, después de librar a Jenofonte, que había caído del caballo, se retira de la batalla dada junto a Delio a paso lento, mirando con disimulo hacia atrás, para defenderse de cual-